

Jesús Carrasco

Llévame a casa



Juan ha conseguido independizarse lejos de su país cuando se ve obligado a regresar a su pequeño pueblo natal debido a la muerte de su padre. Su intención, tras el entierro, es retomar su vida en Edimburgo cuanto antes, pero su hermana le da una noticia que cambia sus planes para siempre. Así, sin proponérselo, se verá en el mismo lugar del que decidió escapar, al cuidado de una madre a la que apenas conoce y con la que siente que solo tiene una cosa en común: el viejo Renault 4 de la familia.

«De todas las responsabilidades que asume el ser humano, la de tener hijos es, probablemente, la mayor y más decisiva. Darle a alguien la vida y hacer que esta prospere es algo que involucra al ser humano en su totalidad. En cambio, rara vez se habla de la responsabilidad de ser hijos. *Llévame a casa* trata de esa responsabilidad y de las consecuencias de asumirla», Jesús Carrasco.

Esta es una novela familiar que refleja de forma brillante el conflicto de dos generaciones, la que luchó por salir adelante para transmitir un legado y la de sus hijos, que necesitan alejarse en busca de su propio lugar en el mundo. En esta emotiva historia de aprendizaje, Jesús Carrasco traza una vez más personajes formidables sometidos a decisiones fundamentales cuando la vida los pone contra las cuerdas.

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

Agradecimientos

A Elena Ramírez, por la fe

1

Podría haber estado junto a su padre la noche en que murió pero, en cierto modo, Juan Álvarez prefirió no hacerlo. No es que eligiera estar lejos de él en ese momento crucial. Simplemente siguió con lo que tenía entre manos sin considerar urgentes los sucesivos avisos que su hermana Isabel le había ido enviando durante las semanas previas hasta que, llegado un momento, dejó de informarle. Juan, embriagado por los aromas de la turba fresca, interpretó aquel silencio como una señal de que las cosas iban mejor en lugar de lo contrario y siguió a lo suyo: cuidar de la colección de rododendros del jardín botánico de la ciudad de Edimburgo. Su padre en un hospital público de Toledo, separado del compañero de habitación por una endeble cortinilla de tela tiesa, y él, a dos mil cuatrocientos kilómetros al norte de su cama, recogiendo pétalos caídos sobre el suelo oscuro.

2

A finales de los sesenta las tierras rendían cada vez menos, las fábricas no paraban de reclamar fuerza de trabajo y, de la noche a la mañana, el que era arriero se hizo fresador. El padre de Juan dejó el campo y su pueblo, Cruces, por una fábrica de fibrocemento en Getafe, al sur de Madrid. La madre, por su parte, cambió los suelos empedrados del molino en el que nació por la madera barnizada de un piso burgués en el centro de la capital. Al fondo de un patio de luces, una escalera directa a la cocina para ella. En el portal, un conserje abriéndoles la puerta a los señores. Así se conocieron, a través del conserje, que era amigo del padre. Los presentó un domingo por la tarde al salir del cine. Se sentaron en un velador cercano donde ella le contó que venía de Aldeanueva de la Vera, en Cáceres, y que había llegado hasta allí porque ya apenas se molía harina con la fuerza del agua. A él le gustó su tímida forma de reír. A ella le llamaron la atención la piel curtida de sus manos y lo que le pareció un aroma a trigo cuando se acercaron el uno al otro para despedirse. Dos años estuvieron de novios hasta que se casaron. Poco después de nacer Isabel dieron la entrada para un piso minúsculo y oscuro en el barrio obrero de Las Margaritas, en el mismo Getafe, donde acomodaron también al abuelo paterno cuando enviudó. Al nacer Juan, cambiaron el pequeño Seat 600 por un Renault 4. Todos los fines de semana se montaban en el coche y viajaban con el abuelo a Cruces, a abrir la casa y a *darle una vuelta* a las tierras, porque aquel hombre vivía en Getafe como si los la-

drillos le ahogaran, algo que terminó sucediendo. Cuando al padre lo jubilaron de la fábrica, se mudaron a Cruces. Juan tenía seis años y su hermana diez. El abuelo no regresó con ellos.

A pesar de que no debía trabajar, el padre pasó los primeros meses recuperando las tierras que, para aquel entonces, se reducían a una huerta con casa de aperos y alberca, almendros, unas pocas fanegas de cereal y una nave en la que, durante una época, la familia había criado chotos. Con lo que le dieron como indemnización en Getafe, se hizo con la maquinaria de un taller de fabricación de puertas que cerraba en Illescas, la llevó a Cruces y la metió en la nave. Once meses después de dejar de respirar amianto, comenzaba a respirar serrín.

Tres de agosto. Un autobús de línea le deja en Cruces veintinueve horas después del fallecimiento. El informe hospitalario dice que la causa de la muerte de su padre ha sido una neumonía vinculada a un mesotelioma pleural. Un cáncer que no le tocó en la rifa de la genética, sino que él mismo fue inspirando día a día durante los trece años que trabajó en la fábrica de fibrocemento. Más de una década intoxicándose con asbesto, ocho horas al día, cinco días a la semana. El trabajo os hará libres, pero ese, además, os envenenará para siempre. Vuestro sacrificio dará de comer a vuestras familias y, de paso, cubrirá a miles de familias más con los pequeños cristales de la muerte. Los viejos serrarán esos tejados cuando tengan que proteger del viento las habas de sus huertos. Los niños romperán a pedradas los restos de tuberías arrojadas a los descampados. El viento esparcirá los cristales.

Juan se baja del autobús enfrente del bar de Ángela. Enfila hacia la casa familiar por la calle vacía. Lleva a la espalda

una pequeña mochila de color azul en la que ha metido lo básico: ropa de verano para pasar algo más de una semana tórrida en España, artículos de aseo, el libro que estaba leyendo cuando recibió la noticia y poco más. En la plaza se cruza con una vecina que le da el pésame y le dice: Qué pena tu padre, lo que ha pasado. Y tu madre, hay que ver esa mujer, que da lástima verla. Juan intenta cortar su monólogo sin éxito porque cada vez que hace amago de seguir su camino la mujer le agarra el brazo y vierte sobre él una nueva palada de desgracias. Tiene que venir a rescatarlo Dolores, otra vecina que ha observado la escena desde la distancia. Venga, Angustias, le dice a la vieja. Deja al muchacho, que vendrá cansado y tiene todavía mucho por delante. Su salvadora le dirige una mirada que él interpreta como de complicidad. Una mirada que dice: Hay que ver esta mujer lo bocazas que es. Y también: Estoy contigo porque sé que tus razones tendrás para haberte marchado del pueblo con tu padre enfermo, tu hermana viviendo en Barcelona y tu madre tan mayor. La vecina comprensiva sabe que viene de un largo viaje aunque ella, como los demás, cree que Juan está en Inglaterra, cuando en realidad vive en Escocia. Sabe también que, desde que murió su padre en la madrugada del día anterior, lo han tenido en el tanatorio de Torrijos a la espera de que él llegara. En el «tiene mucho por delante» Dolores le está diciendo: Prepárate. No importa lo cansado que estés, cuántas horas hayas pasado viajando, si has dormido o no, si has comido o no, si te apetece o no. Lo que te toca ahora es irte a casa, afeitarte, darte una ducha y marcharte con tu hermana y con tu madre al tanatorio a recibir los pésames y a dejarlo todo listo para el entierro. Y eso es solo lo que tiene por delante a corto plazo. Dolores también cree saber lo que le espera a medio y largo plazo, pero no se lo va a decir porque entonces se estaría convirtiendo en aquella otra vecina de la que ha venido a liberarlo.

Juan agradece que le quiten de encima a la anciana. No tiene humor para cortesías y, de no ser por Dolores, habría dejado a la vieja plantada en la plaza. Ve a las mujeres alejarse, tratando de encajar en la escueta sombra que proyectan los aleros sobre la acera. Dolores llevando por el brazo a Angustias, quizá regañándola por haberse entrometido en la vida del muchacho en un momento así. Juan cruza la plaza camino de la casa de sus padres. Por encima de la cancela que da acceso al patio delantero, las varas de la buganvilla parecen descuidadas. Las brácteas fucsias se arraciman en las puntas de las varas haciendo que se humillen. En el crecimiento desordenado de la buganvilla se puede rastrear la incapacidad del padre durante las últimas semanas.

Juan se asoma a la cancela y mete la mano entre los barrotes para abrir el cerrojo. El chirrido del perno resuena en la siesta. Sabe lo que viene a continuación, así que nada más cerrar la hoja a su espalda se pone en cuclillas, suelta la mochila y aguarda unos segundos. La tela de los vaqueros se le tensa sobre los muslos. Desde el porche de la casa, al fondo del largo y estrecho patio de entrada, ve venir corriendo a *Laika*, la perra de la familia. El animal se le echa encima, le pone las patas en el pecho, le lame la cara agitando el rabo. Tenaz memoria de los perros. Agarra la mochila, se incorpora y, con *Laika* correteando a su alrededor, avanza en dirección a la casa. El patio, como siempre, está enteramente ocupado por plantas. Además de la gran buganvilla de la cancela, hay arriates adosados a las paredes laterales donde crecen papiros, rosales, jazmines y hasta un palmito. En los muros, colgados de aros, oscuros tiestos con geranios contrastan con el encalado. Bajo el porche hay un sillón de mimbre y plantas de sombra, la más llamativa, una costilla de Adán que alguien ha fijado a la pared con alambre. A la derecha, en un recoveco, el viejo pozo.

Un brocal con un arco de forja sobre el que medra un jazmín punteado de pequeñas flores blancas.

La puerta, como en la mayoría de las casas, tiene la llave sin echar, algo muy del agrado de los pocos turistas que se alojan en la única casa rural que hay en el pueblo. Ven las puertas entornadas, sujetas las hojas con un ganchito o una piedra, y conectan con algo ancestral que creen haber perdido viviendo en la ciudad. Esas comunidades rurales que ven en las series de televisión, ya sea en Alaska o en Asturias, tanto da, donde lo pintoresco se impone; donde las rencillas se sobrellevan con giros de guion que, constantemente, obligan a los personajes a vivir situaciones embarazosas y cuya única resolución posible es la fraternidad. En las contadas ocasiones en las que los turistas salen de la casa rural, renunciando a la piscina privada en verano y a la chimenea en invierno, y se dan una vuelta por las calles, sonríen viendo a las señoras en las puertas, a la fresca. Sonríen cuando encuentran niños jugando al fútbol en las plazas. Sonríen si se topan con un coche con las llaves colgando del contacto. Y suspiran de alivio porque a muy pocos kilómetros de donde viven todavía hay aldeas que resisten, a pesar de haber arrasado las eras para construir sobre ellas chalets adosados. Y si son una pareja con niños, se miran arrobados cuando descubren el último pajar que queda en el pueblo y se dicen que lo comprarán y lo convertirán en una casa para que los niños echen raíces en algún sitio sin cemento.

Juan hunde la manija de hierro de la puerta y empuja. De la casa sale una fragancia particular que solo se percibe cuando se ha estado tiempo fuera y lo exterior ha renovado lo interior. Es un olor al tiempo anodino y único. Una nariz entrenada diría que aquí se ha hervido coliflor durante decenios. Hay o ha habido una chimenea de leña, naftalina en los armarios, chacinas de matanza colgando de una viga,

chorizos que gotean su pimentón sobre una bandeja de lata; aquí se ha lavado la ropa con jabón hecho a base de sosa y aceite usado. Litros de amoníaco han aniquilado bacterias a lo largo de los años. Hay trazas de excrementos infantiles, que alguien, una mujer, ha retirado de gasas de algodón que después ha lavado, escurrido y tendido en el patio. Se nota un tufo milenario procedente de una pata de liebre caída detrás de un armario. Vestigios de agua oxigenada, como la que usan los taxidermistas para blanquear los cráneos. En esta casa solo entran mariscos en Navidad, y no de la mejor calidad. Huele a sudor, a grasa en las manos, a cicatrices viejas, a colonia de litro, a cableado con camisa de tela, a plomos fundidos, a transformador de 125 voltios, a golpes en un televisor en blanco y negro.

Baja la mirada. El suelo de terrazo del recibidor le lleva de vuelta a su origen. Viene de un apartamento, el de Edimburgo, en el que hasta la cocina tiene moqueta. Un suelo silencioso, mullido y cálido, no particularmente higiénico, pero que reacciona químicamente en la cabeza de Juan ahora que tiene delante las losas que ha pisado desde que era niño. La granulometría de las baldosas difiere de unas a otras. Hay chinos gruesos y menudos, colores rojizos y más claros. Hay burbujas seccionadas en el cemento que liga los áridos. Solo el pulido iguala unas losas con otras. Frente a él, el recibidor que sirve de distribuidor. A la izquierda, la puerta que da a la sala de estar, comedor cuando todavía vivían todos en la casa. A la derecha, un aparador sobre el que hay una bombonera de cristal con llaves dispares. Encima, un reloj de cuco cuyo pájaro nadie ha visto nunca salir de su escondrijo. Junto al mueble, la puerta del salón para visitas, siempre cerrado, siempre en penumbra. A continuación, la puerta de la cocina y, al fondo, las de los tres dormitorios y la del baño. Todas esas puertas salieron del taller del padre. Debieron de ser las primeras que producía y uti-

lizó su propia casa como banco de pruebas. Puertas huecas, ligeras, baratas. Una estructura perimetral de pino con tapas de madera contrachapada.

Se asoma al salón comedor. La chimenea está limpia; el sillón de orejas, vacío. No necesita preguntar en voz alta si hay alguien en la casa. De manera automática se dirige a su antiguo cuarto. La habitación está tal cual la dejó cuando se marchó. La cama estrecha junto a la pared, el escritorio de formica sobre el que hay un flexo que lleva allí desde que tiene uso de razón. Bajo su luz ha jugado a los coches, ha aprendido las vocales, ha terminado una licenciatura. En la pared hay un pequeño tablero de corcho en el que siguen clavados con chinchetas algunos de los hitos de su juventud. Destaca una entrada de un concierto de Kiko Veneno en la plaza de toros de Torrijos: Fiestas de la Sementera, septiembre de mil novecientos noventa y tres. Sobre la cama, la colcha de siempre. En la estantería, una colección incompleta de literatura juvenil. Cada lomo con una ilustración minúscula. Leyó durante la adolescencia, sin que nadie le alentara ni tampoco lo contrario. Luego dejó de hacerlo hasta que se fue a Escocia, donde ha terminado reuniendo una pequeña biblioteca. Hay también trofeos deportivos ganados en las carreras populares de los pueblos cercanos. Deja la mochila en el suelo y toma uno en sus manos. Es una pequeña copa de metal dorado cuyo pie está adornado con toscas hojas de laurel. La chapa grabada dice que quedó tercero en la categoría infantil en una carrera de un pueblo llamado Almorox. Fiestas patronales de San Roque y la Virgen de la Piedad. La copa, como todo, ha estado siempre ahí, y ahora le recuerda que durante los largos inviernos de la meseta él entrenaba con un grupo de chicos de Torrijos, en cuyo instituto estudió. Tres días a la semana se quedaba allí al salir de clase, comía en un mesón para estudiantes y después se iba a entrenar. Esos días regresaba a Cruces de noche, en el mismo autobús de línea que le ha traído hoy. En los entrenamientos, Raúl, un monitor lle-

gado de un pueblo próximo, les indicaba lo que tenían que hacer. Recuerda el frío, los caminos prematuramente oscurecidos por los que corrían, la dureza de la tierra escarchada.

Solo ha pasado cuatro años fuera, pero en ese tiempo le han sucedido tantas cosas que su mirada se ha movido de lugar. La colcha, los trofeos, el flexo. Todo estaba ahí, en el mismo sitio que ahora ocupa, pero desvanecido por la costumbre. Ahora, sin embargo, esos objetos le llevan a momentos pasados de su vida que no había vuelto a visitar. Recuerda esa carrera de Almorox porque fue su padre, y no Germán, un amigo de la familia, quien le llevó. No tiene memoria de ninguna otra carrera en la que su padre hubiera estado presente. Cogió el coche aquella mañana de sábado y dejó lo que estuviera haciendo para acercar al menor de sus hijos a disputar una carrera popular. No era una competición provincial ni formaba parte de la temporada oficial de campo a través. Si hubiera sido así, él no tendría ahora aquel trofeo en su mano porque aquellas carreras siempre las ganaba el mismo niño: el Zurdo. Él lo veía cada sábado como un semidiós en miniatura, siempre rodeado de una guardia pretoriana que le abría camino entre los otros niños y le protegía de los manotazos de sus pequeños admiradores. Los domingos, cuando el juez levantaba la pistola y disparaba al aire, Juan veía las espaldas de sus contrincantes escapando de él, todos tras el Zurdo.

En el lugar donde estaba la copa hay ahora un cuadrado limpio de polvo. Eso, quizá, sea lo único que ha cambiado. Su madre, obsesionada con la limpieza y el orden, se ha pasado los últimos días yendo y viniendo del hospital. Hasta entonces, ha entrado cada mañana en el dormitorio para pasar el paño por los muebles y llevarse discretamente esas minúsculas motas, como si su hijo no se hubiera ido de casa, como si estuviera pasando una temporada fuera, con